

CARTA LINGÜÍSTICA.

Eibar, 21 de Marzo de 1887.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Muy Sr. mio y amigo de mi mayor consideracion: Voy á ocuparme hoy de las voces *urti-a* (el año), *nego-a* (el invierno) y *uri-a* (el verano), cuyo significado hubiera sido tan irreductible para nosotros como lo fué para nuestros antecesores, si la ciencia moderna, con sus recientes descubrimientos, no hubiera venido á revelarnos que las condiciones climatológicas de la Europa no han sido en otras épocas las mismas que son en la actualidad.

En efecto: la geología, de consuno con la astronomía, ha llegado á demostrar que en épocas lejanas que coinciden con las edades de la piedra, la Europa ha pasado por un período llamado glaciario durante el cual su temperatura sufrió un descenso tal, que el clima, hoy benigno y relativamente cálido de sus países meridionales, llegó á adquirir en aquella fecha condiciones iguales á las que hoy tienen la Laponia y la Siberia rusas, sin otra diferencia que la de que los veranos entónces, aunque cortos, eran más cálidos que los actuales en los países citados, originándose de ello grandes avenidas é inundaciones procedentes del deshielo de las nieves acumuladas durante sus largos y rigurosos inviernos, y cuyas huellas pueden verse aún impresas en el suelo que pisamos.

Pues bien: estos descubrimientos, tan ajenos al parecer á la lingüística, han contribuido, sin embargo, á aclarar el sentido ántes oscuro é ininteligible de aquellas voces, demostrando que su signado, es-

trechamente enlazado con aquellos hechos, hace referencia á los mismos, y á la condicion y triste estado del hombre bajo aquel clima extremado y frio. Veamos, pues, la pintura que nos hacen de él sus historiadores, á fin de confrontarla con la significacion que tienen en nuestra lengua las citadas voces.

La situacion del hombre, nos dicen estos, durante aquella calamitosa época debió ser bien triste y precaria, si atendemos á los rigores de aquel clima glacial y á la falta de medios de que disponia para preservarse de él, mal cubierto el cuerpo, sin otro abrigo que el que podian ofrecerle las cuevas y grutas naturales, con el suelo cubierto de una espesa capa de nieve bajo la cual desaparecia todo vestigio de vegetacion, sin una mata de yerba, sin una raíz, sin un fruto que pudiera servirle para su sustento, atenido tan solo al producto de su caza, entónces dificil y peligrosa, tanto por la calidad de los animales á quienes debia combatir, como por la falta de medios de que disponia para ello, armado siempre del hacha de piedra, su única defensa, y acechando continuamente su presa, estrechado por el hambre, y en medio de tantas amarguras, sin otra esperanza ni otro consuelo que la llegada y aproximacion de aquel corto verano, que con su deshielo viniera á poner á descubierto la tierra cargada de una vegetacion escasa y pobre, pero tanto más preciada y estimada cuanto habia sido más deseada y esperada. Tal es el cuadro que nos trazan sus historiadores, del hombre de aquella edad nacido sin duda en clima más benigno, pero sorprendido por aquel cataclismo que no le era dado evitar, y cuyas consecuencias se veia obligado á arrostrar abrumado por el peso del destino.

Ahora bien; los que así se expresan ¿qué dirán de nosotros, si nos atrevemos á decirles que este cuadro, tan poéticamente trazado por ellos, corresponde exactamente con el que nos ha sido transmitido por aquel antecesor nuestro, grabado y esculpido en las tres humildes voces *urti-a, nego-a, uri-a*, de nuestra veneranda y antiquísima lengua?

¿No dirán que somos unos visionarios atacados de aquella enfermedad que se ha dado en llamar basco-manía? En verdad, hay motivos sobrados para ello, si se atiende á lo extraordinario del suceso, que sobrepasa todo cálculo humano, mas nosotros suplicamos á los lectores que suspendan todo juicio hasta ver las análisis que vamos á practicar, y vean despues si nuestra basco-manía no es en todo parecida á la de aquellos lingüistas nuestros que se habian empeñado en sostener,

contra los académicos de su época, la existencia y antigüedad de nuestra lengua, sistemáticamente negadas por aquellos sábios, pero reconocidas hoy por el mundo científico. *Urti-a* (el año), se compone de la radical *ur* (agua), del subfijo terminal y frecuentativo *ti*, que en toponimia significa sitio, como se ve en *ariz-ti* (robleal), lit. sitio de robles; y en cronología, fecha, como se ve en *ligor-ti-a* (la sequía), lit. fecha ó época de sequedad, y en *euri-ti-a* (lluvias), lit. época ó fecha de lluvias, y del apelativo *a* equivalente al artículo *el* del castellano, de modo que *ur-ti-a* quiere decir fecha ó época de las aguas, aguaceros ó avenidas, y teniendo en cuenta la aplicacion que la lengua ha hecho de aquel nombre, *urtia* significa *aguaceros ó avenidas* que se repiten periódicamente y en cada un año. Esta voz hace, pues, referencia, á las avenidas de que hemos hablado más arriba, suposicion que tiene á su favor el hecho cierto y bien probado de que la época llamada glaciaria coincidió precisamente con aquella edad de piedra durante la cual el Euskalduna habitaba ya la Europa, cual lo prueban bien las voces *aitz-kor* (hacha), *aitz-ur* (azadon) y *aitz-egaia* (azagaya), derivadas todas tres de la radical *aitz* (piedra), que hace referencia á la materia de que primitivamente estuvieron contruidos aquellos útiles. Es cierto, y no lo negarémos, que dicho nombre pudo ser impuesto por nuestra raza durante su estancia en Egipto ó en alguno de aquellos países tropicales, en los cuales los cambios estacionales se marcan por aguaceros que sirven á sus naturales para medir el tiempo, en cuyo caso *urti-a* haria referencia á estos aguaceros ó á las inundaciones periódicas del Nilo, que reconocen el mismo origen, como no negarémos que esta suposicion tiene á su favor el hecho universalmente reconocido de que todos los pueblos sin distincion han pasado, durante las edades prehistóricas, por grandes emigraciones cuyas noticias no ha podido alcanzar el hombre; mas tambien es cierto que el signado altamente expresivo de la voz *nego-a* viene á desvanecer toda duda que pudiéramos abrigar sobre este punto concreto.

En efecto, *nego-a* (el invierno), se compone de la radical *ne*, que significa *carencia, privacion, tristeza, afliccion, dolor, desfallecimiento, desolacion y muerte*, de la terminal *go* (arriba, superior, alto, supremo), y del artículo *a*, de modo que la voz compuesta *negoa* quiere decir, refiriéndose al uso que de ella ha hecho la lengua, la estacion de la *carencia, privacion, tristeza, afliccion, etc., suprenas y mortales*, y estos conceptos, que tan exactamente corresponden con el cuadro arriba cita-

do, cuadran mal y son inaplicables á los benignos y templados inviernos de los países tropicales? ¿Mas de dónde, nos dirán, ha sacado V. ese signado, que parece expresamente traído para defender su tésis, puesto que de él nada nos dicen los autores sus paisanos? La respuesta es, sin embargo, muy obvia, y no dejaremos de darla, pese á quien pese. ¿De dónde? nos preguntan Vdes. Del estudio, decimos nosotros, de nuestra lengua, cuyo espíritu escapa á la penetracion de los sábios. ¿De dónde? Del estudio del lenguaje humano, cuyas leyes no han sido aún bien comprendidas por aquellos. Expliquémonos. (Nota).

La radical *ne*, en efecto, trae sus orígenes, su valor y su signado de la interjeccion *ene*, grito inconsciente que profiere la mujer en todas sus cuitas, en todas sus aficciones, y en todas aquellas angustias á que vive sujeta por su naturaleza y sexo; y este grito característico de su persona es tan frecuente en su boca, que por él ha merecido ser llamada *n* en aquella lengua primitiva de que el bascuence y las lenguas americanas son fieles representantes. En efecto; esta consonante *n* es el pronombre afijo de la mujer en la conjugacion de nuestros verbos llamados femeninos por Astarloa, y esta consonante *n* es tambien el pronombre afijo de la mujer en la conjugacion de los verbos llamados por Julien Vinson alocutivos, entre los Iroqueses y otros salvajes americanos; como la *h* es el pronombre afijo del hombre ó varon entre aquellos y nosotros: *entzui-h* quiere decir literalmente, oye tú hombre ó varon: *entzui-n*, oye tú mujer ó hembra: ¿*Jan do-h*? ¿has comido? tú hombre ó varon. ¿*Jan do-n*? ¿has comido? tú mujer ó hembra. ¿Qué es, pues, esta *n*, sino el nombre mismo de la mujer que fué llamada así por el grito característico de su persona, como el hombre fué llamado *h* por su vigor y fortaleza? ¿Y nada significa el que este hecho, de que alguna vez hemos hablado, se reproduzca exactamente en las lenguas americanas tan apartadas de la nuestra?

Mas no es eso solo; el bascuence llama *neska* á las muchachas en general, y este nombre, que literalmente quiere decir hacedora de *nnn*, como compuesta de la radical *ne*, de la abundancial *s*, y del monosílabo *ka*, signo de sujeto agente, debió ser ántes aplicable á toda mujer, puesto que llamamos con preferencia *neskatilla* á la jóven casadera. El latin á su vez tiene su *nonna*, *a*, y el francés sus *nonne*, *nonnain*.

Últimamente: ¿se quiere que comprobemos mejor nuestra interpretacion? Pues escuchemos los acentos de la mujer en aquellas an-

gustias porque pasa durante el trabajo del parto, que solo de este modo podrémos formar una idea cabal y exacta del signado de *negoa* y de algunas de las muchas derivaciones que ha hecho la lengua de aquella onomatopeya *n*. La mujer en estos momentos repite una y otra vez y con una insistencia igual á la de los dolores que la atormentan las lastimosas interjecciones ¡*ené-ené-ené.... ené-ba ené!*... que en traducción libre equivalen á ¡ay de mí, pobre de mí! Pues bien; estos lamentos, verdaderas invocaciones por las que la mujer demanda el amparo del cielo, el de su madre, y el de los asistentes, dieron origen al nombre *nixi* con el que designaba el pueblo latino las divinidades que presidian el trabajo de las mujeres que estaban de parto, y sus lamentos mismos fueron llamados por ellos *nugæ, arum*. Esto sentado, ¿qué otro origen puede tener la divinidad *nundina, æ*? ¿De dónde proceden *narco, is, nubilis, le, nuptiæ, arum, nuptio, as, nupta, æ, nutrix, icis, nutrio, is, etc.*, voces todas que hacen referencia á funciones propias de la mujer y enlazadas precisamente con el trabajo de la maternidad?

Pasemos ahora á completar este cuadro con otras derivaciones que ha hecho la lengua de la radical *ne* y de la interjección *n* de que aquella ha nacido. El bascuence ha derivado de aquella radical la voz *ne-ka, neke, nekia*, (trabajos y penalidades), lit. hacedor de *n*, por el signo de sujeto agente *ka* á que se une; *neka-zaria* (labrador) obrero sobre quien pesan toda clase de trabajos y penalidades; *neka-tu* (fatigarse hasta desfallecer). El latin ha derivado á su vez de aquella radical su partícula privativa *ne* la compuesta *neque* tan parecida á la euskara *nekez* (escasamente, esto es, á fuerza de trabajo y penalidades), y sus similares *nequa, etc.*, y por fin el verbo *neco, as, are* (matar), primitivamente matar á fuerza de penalidades.

De la voz *nego* ha derivado á su vez el bascuence la voz *negar* (lágrimas, llanto), signo de aflicción y tristeza, y el latin su verbo *nego, as, are* (negar), (carencia y privación). ¿Qué otro origen tiene la partícula *in* de *in-obediens, in-eptus* y de sus similares? ¿De dónde proceden *nemo, inis, nil ó nihil, nox, octis* (la noche), que en bascuence se llama *gaba* (sin) negación la más enérgica de la lengua, *nullus, nubila, orum, nudo, as, are* y tantas otras cuyo signado tan perfectamente se explica por el que tiene la interjección *n* que segun hemos demostrado, significa *carencia, privación, tristeza, aflicción, dolor, abatimiento, desolación y muerte?*

Para concluir, réstanos hablar del signado que tiene la voz *uri-a* (el verano), correlativa de *nego-a* (el invierno). Compónese aquella de la vocal *u* (abundancia), del subfijo terminal *ri* que significa hacedor, y del artículo *a*, de modo que la voz compuesta *uri-a* (el verano), quiere decir literalmente el hacedor de la abundancia, y tal ha sido el nombre con que el hombre del período glaciario saludó la época del deshielo y la aparición de aquella vegetación pobre y escasa, pero reparadora y alimenticia. Digamos ahora que la vocal *u* es la onomatopeya del vacío que llena sin embargo la inmensidad del espacio, y debe á este origen las funciones altamente superlativas y abundanciales que desempeña en nuestra lengua, como lo probaríamos con mil ejemplos sacados de la misma, si tal fuera nuestro intento; mas nos contentaremos con citar dos solos ejemplos, aunque sumamente expresivos. *U-ga-ri*, se compone de dicha vocal *u* (abundancia), del monosílabo *ga*, radical de *ga-n*, *ga-ña*, *arriba*, *encima*, *sobre*, *super*, y de la terminal *ri*, hacedor, de modo que *ugari* (superabundancia) significa lit. hacedor de la superabundancia. *Ugazaba*, contracción de *u-ga-oz-aba*, se compone de la radical *uga* (superabundancia); del monosílabo *oz* (alto), y de la terminal *aba* (padre), de modo que la palabra compuesta *ugazaba* (el amo ó dueño), significa literalmente *de la superabundancia el alto padre ó el alto padre de la superabundancia*. Cámbiese la *u* vocal en *v* consonante, siguiendo el genio de los latinos, y se verá que *uri* se trasforma en *veri-s*, genitivo generador de la voz latina *ver*, *eris*, radical de la castellana *verano*; mas adviértase que los latinos continuaron designando con aquella voz *ver*, *eris* nacida del *uri* euskaro, la estación en que la tierra se cubre de verde follaje, que hoy es la primavera, pero que en aquella época glaciaria era el verano. Este hecho explica los orígenes de las voces latinas *vereo*, *es*, *viridis*, *e*, de la italiana *viride*, la castellana *verde*, la francesa *vert*, y quizás también del inglés *green*, del alemán *grün*, del holandés *groes*, y del sueco *gron*, por el cambio frecuente de la *v* en *g*, (gascon por vasco), etc. Y así como *viridis* debe su origen á la estación en que la tierra se cubre de verde follaje, así también la voz latina *nix*, *ivis*, y sus similares y derivadas la castellana *nieve*, la francesa *neige*, etc., deben el suyo á la estación *nego* (invierno) en que la tierra se cubre de blanca *nieve*.

Quede, pues, sentado que, así como las voces *aitz-kori* (hacha), lit. piedra manejable ó manejadora, *aitz-ur* (azadon), lit. piedra ras-

gadora ó rompedora, (escoplos, cepillos, etc.), *aitz-egaya* (azagaya), lit. piedra voladora, (dardos, flechas, etc.), haciendo referencia á la materia *aitz* (piedra), de que estuvieron primitivamente construidas, traen sus orígenes de las edades de piedra; así tambieu *urti-a* (el año), lit. época de las avenidas; *nego-a* (el invierno), lit. estacion de las privaciones, trabajos y penalidades; *uri-a* (el verano) lit. estacion de la abundancia, hacen referencia á las condiciones climatológicas del periodo glaciario, en el cual han tenido á su vez su origen. Hagamos una última reflexion.

Nadie puede extrañar estos ejemplos de supervivencia en las voces de nuestra lengua, cuando se ve que el bascuence, representante el más legítimo de las edades que fueron, subsiste aún y se habla en el dia, sin que las invasiones que se han sucedido ni las civilizaciones que se han sobrepuesto desde aquellas remotísimas fechas hayan logrado borrarla del número de las lenguas vivas, merced al antemural que han opuesto las montañas en que vive encerrado. Lo que ha sucedido es que la lengua que un dia predominó en Europa y en gran parte del continente viejo, ha sido relegada á este oscuro rincon por aquellas otras que habiendo salido de su seno han demandado de su madre espacio para respirar y aire para vivir. Tal es el secreto de nuestras etimologías basco-latinas.

Dispéñeme V., Sr. Director, la larga extension de mi remitido, y dándole anticipadas gracias por su insercion, le saluda cordialmente su afmo. amigo y S. S. Q. S. M. B.

JOSÉ DE GUIASOLA.

Nota.—Nuestros escritores, y Astarloa entre ellos, usan la voz *udi-a*; mas en el lenguaje hablado de estos pueblos decimos *uria*, y no *udia*, *aurtengo uran*, *igezko uran* y no *aurtengo udan* ni *igezko udan*; este último modo de hablar es y seria por aquí un tanto afectado. Por lo demás, el cambio de la letra en nada afecta su etimología, pero importa restablecer la verdad para que no se crea que obedecemos al deseo de aproximar mejor el *uri* nuestro al *veris* latino.